



¡EL PAPA!

Una ráfaga de luto y de tristeza ha corrido por toda la Iglesia y ha estremecido a todos los cristianos.

¡Ha muerto el Papa!

El Papa es el Padre de esta gran familia que se llama la Iglesia.

¡Ha muerto el Padre!

El Padre espiritual, el Padre de la vida sobrenatural, el Padre Santo.

En la familia cuando muere el padre es cuando mejor saben los hijos lo que pierden.

Al padre deben el ser y deben el sustento y el vestido y la casa y la defensa, la tranquilidad y protección...

Luego, la educación, su formación

y preparación para mañana, su mismo porvenir, que tantos desvelos cuesta al padre. El padre es el que vive y trabaja para la familia y de un modo especial para los hijos.

A él le deben sobre todo el tesoro de cariño que le hace vivir gozando y sufriendo por ellos, que son lo mejor de su corazón.

Jesucristo es nuestro Dios y nuestro Padre: Él nos ha dado la vida natural y la conserva; Él nos ha regalado la vida sobrenatural conquistada a costa de su Sangre; Él nos mantiene esa vida con su Cuerpo y con sus sacramentos y con su gracia.

Bien sabía Jesús lo que el hombre le necesitaba.

El pobre hombre, ignorante, desorientado o envilecido no puede dar un paso seguro sin la luz del Cielo, como decía David.

A Jesús acudía aquel joven para preguntarle: "Señor. ¿qué tengo que hacer para poseer la vida eterna?"

A Él acuden los pecadores, los desgraciados, los que trabajan y van cargados, los enfermos, los endemoniados.

"Él es la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo". Él perdona los pecados, Él es consuelo de los afligidos..., de Él salía gracia y curaba a todos.

Pero Jesús ha venido a salvar a los hombres de todos los pueblos, de todas las razas y de todos los tiempos.

Ha pensado también en nosotros, en las miserias de nuestro tiempo, en nuestros pecados. Ha constituido su Iglesia para que dure tanto como el hombre; para que el hombre tenga siempre y en todo lugar el tesoro de

la redención; para que tenga a mano la doctrina, los sacramentos, el perdón, la gracia sobreabundante. Para eso son los sacerdotes y para eso es el Papa, Jefe supremo de la Iglesia.

El Papa es el representante de Jesús. Podríamos decir que es Dios en algún modo.

Es hombre, pero de una inmaterialidad absoluta, de una transparencia perfecta en que la mirada no ve más que a Dios.

Su palabra es la de Dios, y sólo él la posee.

Su mandato tiene la autoridad de Dios.

Su dignidad es la de Dios.

La pobre humanidad puede regocijarse. Puede consultar a Jesús como en Judea y caminar sin vacilar llena de alegría hacia la vida eterna.

El Papa ha muerto. Es nuestro Padre. A él le debemos toda nuestra vida espiritual, ahora mil veces más estimada que antes. Nuestro corazón se vuelve hacia el cielo lleno de gratitud a Dios que nos ha dado al Papa y le pedimos con toda nuestra alma el premio debido a su vida de abnegación generosa y paternal.

Ya estará en el Cielo. Nos ha amado mucho, ha pedido mucho por nosotros, ha ofrecido a Dios sus terribles sufrimientos y su misma vida por España. Si aún estuviera en el Purgatorio, pidamos por él con afán de hijos buenos. El seguirá también pidiendo por nosotros.

Roguemos al Señor que pronto nos envíe al sucesor que siga siendo luz, seguridad, providencia, Padre de todos los cristianos. FIDEL ROMANO

PAX VOBIS

Año XLI Zaragoza, 3 Marzo 1939. - III Año Triunfal. Núm. 927

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1, Almacenes del Portillo.

Saludo a Franco «Arriba España»

LA VARA DE JOSE

La vara seca
ha florecido;
le da la vida
soplo divino.

José por eso
es elegido.
Pura la Esposa
puro el marido.

Dios ha dejado
entre pañales
su Hijo querido
Verbo del Padre.

Tiene a su Esposa
la Inmaculada,
la preferida
nazaretana.

Nadie en la Tierra
nadie en el Cielo
mayor tesoro
hallar pudieron.

José es el hombre
de confianza.
Dios le da el mando
de aquella casa.

Con su trabajo
da el alimento
al que sustenta
al mundo entero.

Lleva en sus brazos
al Niño Dios,
que rige el mundo
como Señor.

Y es que ha florido
la seca vara
y Dios le ha hecho
Jefe en su casa.

El elegido
humilde y casto
el artesano
el justo y santo.

MARIANO



TRIBUNAL BARATO

—Macario, hijo mío, estamos de luto.

—¿Quién s'ha muerto?

—El Papa, hijo mío; el Papa, que es el Padre de todos los cristianos.

—¿Y ahora, quimos di hacer?

—Pues, sentirlo y encomendarlo a Dios. La Iglesia es una gran familia en que Dios es el Padre y nosotros todos somos los hijos y por eso somos hermanos. El Papa representa a Nuestro Señor Jesucristo que le ha dado todo su poder. Por eso todo el bien que hacía Jesús en el mundo lo hace ahora el Papa.

—¿Tamién el Papa cura a los que que están malos y resucita a los muertos?

—No hombre, no; el Papa no hace

milagros. Pero gobierna la Iglesia y él es el que enseña en nombre de Dios todo lo que enseñó Jesús. A Jesús iban las gentes a preguntarle lo que necesitaban para obtener el perdón de los pecados y todo lo necesario para salvarse y Él a todos contestaba con palabras de vida eterna. Por eso le seguían aquellas muchedumbres llenas de admiración y de amor, contentas y seguras. Él perdonaba los pecados y las almas quedaban regeneradas. Cuando pensó en volver al Cielo no quiso dejar a los hombres, que tanto le necesitaban, y se quedó como alimento en la Sagrada Eucaristía; y dió a S. Pedro su representación y su poder para que enseñase con la misma certeza que Él mismo había enseñado y le dió el don de la

infalibilidad, de modo que el Papa no se equivoca nunca...

—Ya l'haría yo equivocarse ya...; el tío Calros, qu'era el hombre más estuto del pueblo, sabía un dicho que senredaba la lengua deseguida y naide lo sabía icir.

—No es eso, necio; el Papa no se equivoca en el sentido de que lo que él enseña es la verdad misma que enseñó Jesucristo. Por eso lo mismo que acudían a Jesús acuden al Papa las gentes del mundo y él dice lo que deben hacer.

—Un Trebunal, mesmamente...

—Y cuando él lo cree oportuno escribe una *enciclica*.

—¿Una qué? ¿una beciela?

—Una *enciclica*.

—¿Y eso qué?

—Una carta que corre...

—Ya me paecía a mi algo de correr.

—Es un escrito para que lo lean todos; y allí dice lo que debemos saber sobre cada cosa.

—Pues siempre estará su casa llena e gente de to las partes; porque aquí son unos cansaus, con que el Papa con la gente de tol mundo... No sé pa qué se cansa tanto. Yo si fuá Papa, no los dejaría entrar, que lo mariarían y ya son viejecicos, y les conviene cuidasen, que pa eso ya tendrá. Una güena comidica, qu'eso no es pecau, y a pasiasse una miaja, sin hacer mal a nadie, que tamién tendrá algún güerto. Y el que quisiá venir a estorbar que dase algo, aunque no fuá mucho, una pesetita u dos riales, que con tanta gente ya me sacaría güen jornal...

—Estás diciendo blasfemias.

—No hi dicho denguna blasfemia.

—El Papa enseña a todo el mundo con el mismo espíritu de Jesucristo, por salvar las almas; parece mentira que seas tan grosero que no pienses más que en tu egoísmo repugnante. Eres un desgraciado. Es preciso que pienses más en tu alma y en tu salvación. El primero que quiso sacar dinero de todo fué Judas que robaba y vendió a Jesús.

—No m'hable usté de Judas, qu'es el hombre más malo del mundo. Yo quiero mucho a Nuestro Señor y si me s'ha ido un poco la lengua, yo no l'hi querido ofender.

—Ya lo sé, pero reflexionas poco lo que dices; y es preciso tener lleno el corazón de devoción y amor para que de la abundancia del corazón hable la boca.

Te decía que el Papa es el que enseña en nombre de Dios a toda la Iglesia, mejor dicho, a toda la humanidad. ¡Pobre humanidad! ¡qué sería de nosotros, si no fuera por el Papa!

El Papa es la seguridad de la doctrina, la verdad absoluta y eterna. Los que no hacen caso del Papa son unos desgraciados miserables. Da compasión ver esta humanidad que tiene el remedio para sus males y no

los quiere y prefiere investigar por su cuenta y discurrir nuevas fórmulas de vida social y de organización política, y de enseñanza, y de moral, y de justicia, y de arte... y siempre vive atormentada y de desastre en desastre; y no escarmienta nunca.

Cuando la humanidad o un pueblo sigue dócil las normas del Papa, aquella época o aquel país se transforman, se nota una vida nueva, hay allí fuerzas desconocidas que todo lo llenan de maravillas, de fecundidad, de progreso y de bienestar; aquel pueblo es una familia en que todos se aman y se asisten y se compadecen en sus males inevitables y gozan sus dichas que son comunes. El hombre es otro hombre; el hombre elevado al orden sobrenatural, piensa como Dios y quiere como Dios. Lleva en su rostro una serenidad que es reflejo de la paz celestial que hay en su alma.

La humanidad no ha sabido agradecer a Dios el bien inmenso que le ha hecho con el Papa; los mismos cristianos no lo estiman ni utilizan lo que deben. Para muchos es el Papa una persona o una autoridad muy elevada y respetable, pero lo miran como algo extraño y lejano. No es así. Es el Padre y no hay nada más íntimo que el Padre. El Papa es la luz de la Iglesia y manda en toda la Iglesia como en su propia casa. Los católicos son por excelencia los hijos del Papa; y ahora, cuando hasta entre los herejes se hacen funerales al Papa y se le venera, nosotros hemos de sentirnos llenos de alegría de ser y haber sido siempre los leales, los obedientes. Los católicos han de sentirse orgullosos del Papa; han de seguir con gozo y gratitud sus enseñanzas y han de leer sus encíclicas con afán y con veneración y divulgarlas y enseñarlas y llevarlas a los centros docentes, a la legislación para que sean la norma de las costumbres. Que se acabe ya de una vez y para siempre ese culto fetichista de la falsa ciencia materialista y de nombres extranjeros, que pronuncian muchos idiotas con respeto fanático. La verdad la dice Dios: y cuando el Papa habla es una bendición de Dios sobre la humanidad. Las encíclicas debían estar en todas las casas, en todas las manos y más aún, en todos los corazones. Pide, hijo mío, pide por el Papa; y para que el Señor nos envíe pronto otro que sea según su Espíritu para el gobierno de la Santa Iglesia.

—Si señor que pediré. ¿Y de ande lo ha de enviar Nuestro Señor al Papa?

—Lo eligen los cardenales.

—¿Y qui hacen que no lo esligen?

—Tienen que ir a Roma de todos los países y tardan unos días en llegar. Pero pronto, muy pronto se reunirán y harán la elección. Entre tanto a rogar a Dios por esta gran

necesidad de su Iglesia, que es de todos nosotros.

—Güeno, pues ahura to los días l'hi de rezar a la Virgen del Pilar pal Papa y pa la Ilesia y pa eso de las beciclas qu'icia usté qu'himos de tener todos; aunque me paice que s'himos di' hacer otro Trebunal como el del Papa pa que venga aquí tol mundo..., que mejor sería dejalo estar que ya viene masiada y todo; ahura si daran algo de su voluntá, claro, sin pidir...

—Vete, contigo es imposible. Abre que ya hace mucho rato que estamos perdiendo el tiempo.

Tilín, tilín...

—¿Se pué pasar?

—Adelante.

—Güenos días tenga usté, señor Mago.

—Buenos días nos dé Dios a todos.

—Himos venío a ver a la Virgen del Pilar yo y esta, ques mi mujer, y se l'ofrecimos a la Virgen que vendríamos a visitala en cuanto nus liberasen. Y gracias a Dios ya estamos aquí, que me paice mentira con to lo quimos pasau.

—Es horrible. No hace falta que digáis dónde, ni cómo; en todos los puntos ha sido espantoso. Ya podéis darle gracias a la Virgen, ya.

—Aquí no saben lo ques guerra, ni nesecidá, ni naa. Yo, cuando siento qui alguno se queja de cualquiá cosa, no sé que l'haría; habían destar como himos estau nosotros con los rojos; aquello no se pué explicar; siempre l'agonía, siempre l'agonía que t'iban a matar; aquello no era vivir; esto es el cielo, con la tranquilidad qui hay por too, y las ilesias tan majas y too que da gozo velo.

—Tiene usted mucha razón. Es preciso que sepan agradecerle al Señor el beneficio tan grande de estar en nuestra zona, y más los que siempre hemos estado en ella. Sobre todo, ahora, en este santo tiempo de Cuaresma, tiempo de penitencia. Estamos presenciando sacrificios espantosos, llenos de una belleza moral arrebatadora. Los soldados llevan con alegría las penalidades de la guerra. Es preciso que los demás estén a tono de lo que hacen los soldados. El tiempo de guerra es tiempo de sufrimiento y de sacrificios. Por mucho que hagamos nosotros no haremos más que ellos, que dan la vida.

—Yo, miusté, ahura to los días a misa y a comulgar, que derantes no iba, es decir, m'iba a confesar tres o cuatro veces al año y era el que más iba del pueblo, de los hombres; pero ahura voy to los días, y mu bien; y to los días cuando me devanto y cuando m'echo, rezamos juntos yo y esta, y me paice que soy otro, que tengo una alegría mu grande de ver las cosas de la ilesia y me paice que

quiero más a Nuestro Señor, y que Él me quiere también más a mí. A más es una cosa que no cuesta naa.

—Cierto que no cuesta nada, y otras si que cuestan; pero a Dios hay que amarle y servirle, aunque cueste. A muchos les ha costado y les cuesta la vida el servir a Dios; y así ha de ser, Dios por encima de todo, aun de la vida.

—Si señor, que bien poco l'ha faltau que no nus han matau esos criminales.

—Yo digo que estoy condenada, porque cuando m'aluerdo de lo quimos pasau, y los males tan grandes qui han hecho y quemar las ilesias y pisotear a Nuestro Señor... ¡Virgen Santisma!... les digo que son unos demonios, que los habían de matar a todos.

—Y decís la verdad, son el mismo demonio, que se metió en la serpiente del Paraíso para tentar a Adán y a Eva y hacerles desgraciados; y ahora se ha metido en el corazón de estos hombres y por eso hablan y escupen como demonios. No es ningún pecado el decir que son malos y que son criminales y ladrones. ¡Ojalá se hubiera dicho antes y lo hubiesen creído!, no padeceríamos esto. Ni es pecado el castigo del culpable, ni es malo el desear que los coja la autoridad, al contrario, hemos de ayudar en esa labor de salvaguardia de la sociedad, denunciando al culpable e informando como proceda, con verdad y justicia; y hemos de pedir a Dios que nos libre de nuestros enemigos y que los venzamos y los aniquilemos.

—Luego icen que perdonar, perdonar, a mí que no me vengan que hay cosas que no tienen perdón de Dios. Ya me paicia a mí que eso de perdonar no podía ser. ¡Amos, que taigan hecho tantos males y muertos y bulras, y a perdonalos y otra vez como denantes...!

—No lo entendeis; tenemos que perdonar de todo corazón, de lo más íntimo del alma y si no, no nos salvamos.

—¿Pero no ha icho usté que hay que castigar?

—Sí, claro que sí; hay que castigar pero sin odio, sin gozar en el mal del enemigo, ni querer la venganza; antes al contrario, deseando su bien y teniendo pena de que sean tan malos y tengamos que castigarlos.

El Señor nos ha enseñado a pedir: "...perdonanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores..."

—De modo quimos de perdonar.

—Desde luego.

—Pero el que l'ha hicho que la pague.

—Justo.

EL MAGO

Un Centenario glorioso

El Santísimo Misterio de Daroca

En estos días se ha cumplido el séptimo centenario de este prodigio eucarístico.

Es una gloria de la Iglesia universal, una bendición y un regalo singular de Dios para España y el tesoro y orgullo de Daroca.

En aquel portentoso siglo XIII, en que se recobraba España, como hoy, a golpes de espada, Dios quiso exteriorizar su predilección por nuestras armas en muchas partes. Unas veces la Virgen Santísima, otras los santos aparecían o inspiraban a los guerreros y decidían la victoria. Los reyes y los pueblos se sentían asistidos por Dios y vivían en un ambiente religioso confiados en la protección celestial.

El rey D. Jaime I andaba en la conquista del reino de Valencia, se hallaban en el castillo de Chio fuerzas de las comunidades de Daroca, Calatayud y Teruel al mando de D. Berenguer de Entenza. Para disponerse adecuadamente a la batalla se celebró misa de campaña por el capellán mosen Mateo Martínez, que consagró seis formas para dar la Comunión a los seis capitanes de aquel ejército. Cuando se hubo realizado la consagración, se oyó de repente el ruido de trompetas y tambores enemigos que acometían violentamente y por sorpresa. Los nuestros se dispusieron inmediatamente a la lucha: el celebrante, sin duda aturrido providencialmente, envolvió las sagradas formas en los corporales y las ocultó allí cerca debajo de unas piedras. Nuestras tropas rechazaron briosamente el ataque enemigo y volvieron al lugar donde se celebraba la santa Misa. El capellán fué a buscar las Sagradas Formas y al desplegar los corporales halló las seis Formas rojas, como empapadas en sangre y pegadas al corporal. Todos debieron caer de rodillas para adorar con la mayor veneración y gratitud aquel milagro y enseguida se pensó en quién sería el guardador de aquel tesoro. El día de S. Matías fué el sorteo entre Teruel, Calatayud y Daroca; tocó la suerte a Daroca, por tres veces, pero aún así no se resignaban las otras dos comunidades a perder el Santísimo Misterio, y de común acuerdo, pusieron los sagrados corporales con las seis Formas sobre una mula cogida al enemigo, y que por tanto no conociera el terreno, y se la hizo caminar a su libertad, aceptando que el Santísimo Misterio quedaría en la comunidad en cuyo territorio se parase la mula. Comenzó la marcha el animal bien escoltado y cubierto con rico palio de banderas y trofeos, entre aclamaciones y oraciones y cánticos de los devotos

acompañantes. Llegó a Teruel y sin detenerse pasó adelante hasta llegar a Daroca el 7 de marzo, frente a la puerta baja; y sin entrar se desvió a la izquierda, con gran pena de los darocenses; pero a pocos pasos cayó muerta frente al Hospital de S. Marcos. Así lo representa aún un curioso al relieve bajo el arco del actual Hospital, que sirven las Hermanas de Santa Ana.

Ya no fué posible oponerse. Dios lo quería. Daroca era la ciudad dichosa a quien Dios enviaba ese divino regalo. Así lo acataron todos, quedando depositado el Santísimo Misterio en la misma iglesia del Hospital, pero más tarde se trasladó a la iglesia parroquial que se llamó de Santa María de los Sagrados Corporales.

El portento tuvo gran resonancia; el rey D. Jaime visitó y adoró el Santísimo Misterio y se dice que la arqueta en que se guarda es la misma en que se llevaba el Santísimo Sacramento a las batallas en los ejércitos del Rey Conquistador.

En el *Libro bermejo* del archivo de la iglesia de Daroca están los testimonios y firmas de muchos reyes, entre ellos los Reyes Católicos, que lo adoraron llenos de emoción y constataron la realidad del milagro después de varios siglos.

Desde este acontecimiento Daroca fué la Ciudad de los Corporales y afluían de todas partes en peregrinación a adorar el Santísimo Misterio y a invocar su protección y creció su importancia religiosa hasta el punto de contar trece parroquias, de ellas cinco castrenses; se le llamaba también la Ciudad Levítica, por el número de sacerdotes y religiosos de ambos sexos que vivían en este ambiente eucarístico.

Han pasado setecientos años y los cien últimos suponen más que todos los anteriores. Su acción demoledora ha ido abatiendo y destruyendo todo lo cristiano, pero queda aún el visitante asombrado al contemplar esa exhuberancia de restos de aquel pasado lleno de esplendor y grandeza, que anonadan.

En Daroca se siente uno trasladado a los siglos pasados, al contemplar las ruinas de murallas y castillos que se encaraman escalando las colinas y rodeando y defendiendo la ciudad. La Puerta Baja es una bella estampa de castillo medieval. Aún queda alguna hermosa iglesia sembrada por las pendientes del barranco. Pero el atractivo es la Colegial con el Santísimo Misterio. La antigua iglesia parroquial ha ido recogiendo todas las reliquias del tiempo y ha reunido una cantidad enorme, abru-

madora, de retablos y cuadros que se amontonan en paredes y capillas; ornamentos preciosísimos de imaginería, cálices, custodias, cetros... un riquísimo museo que denuncia el flujo continuo de la piedad secular. La Basílica del Santísimo Misterio parece una catedral; grande, hermosa, rica; pero los fieles han puesto su corazón en el Santísimo Misterio. La capilla de ojal flamígero está recargada de arte, siempre añadiendo algún motivo o exvoto. Allí se postran los darocenses y todos los visitantes llenos de emoción, seguros de la protección privilegiada de Dios.

El día 7 comienzan las fiestas centenarias que han de durar 100 días. Buena oportunidad; también ahora están nuestras tropas en plan de proseguir sus hazañas hacia Valencia en esta nueva reconquista. Y ahora, como entonces, es Jesús en los campos de batalla el alimento y la fortaleza de nuestros soldados y de nuestros jefes.

JUAN DE LA CRUZ

ADVERTENCIA
IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERÁ, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los

Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio:

Don Ramón de Miguel, Arróniz; Hermanas de Santa Ana, Fitero; doña María Román, S. Pedro de Alcántara.

Merece especial mención y gratitud don Santiago Vicente, de Zaragoza, que nos ha enviado su donativo anual de cien pesetas.

A NUESTROS LECTORES

Es preciso por todos los medios extender el conocimiento de Dios y de su ley santísima.

«Cada suscriptor, que logre hacer un nuevo suscriptor. Cada lector que se convierta en suscriptor»

«Todos sean diligentes en abonar su suscripción por adelantado»

Es sostener y asegurar un mensajero de Dios.

“EL ECO DE LA CRUZ” es un auxiliar del Párroco para la propaganda en la Parroquia, Fábricas, Conferencias, Patronatos, etc.

Tip. Gambón.—Cenfranc, 3.—Zaragoza